

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 2 de Agosto de 1917.

Número 30.

Advertencia

Al ir, hoy lunes, á mandar á la censura este número, me encuentro con que ha sido suprimida.

No teniendo tiempo para confeccionar otro sin retrasar tres días su salida, mando quitar el anuncio que va siempre aquí, para rogar á mis lectores que me dispensen por esta última lata literaria que les doy.

Procuraré complacerles diciendo en los números sucesivos algo de lo que en los cinco anteriores he callado.

En la octava plana explico por qué dejé de publicar el anterior.

Sorteando la censura

Como sospeché en el número anterior, no he podido resistir á la tentación de hablar algo acerca de dos dramas míos que no se representaron; el uno en un acto, *La primera prueba*, y el otro en tres, *El mayor castigo*, ambos en verso.

¿Que por qué no se representaron? El primero, porque á poco de acabarlo entré en *El Globo*, literario entonces, y me dediqué á trabajar sin descanso para crearme un nombre; y el segundo, porque, como ya lo había adquirido cuando lo escribí, no quise exponerme al ridículo fracasando en el teatro.

LA PRIMERA PRUEBA

Este drama en un acto se refería á Gutenberg cuando trabajaba por sacar á flote su invento. Asociado con dos industriales por carecer de recursos, *para trabajar en Obras de sublime industria*, no les reveló su secreto, que ellos tenían gran empeño en conocer.

Empieza el drama tratando uno de los socios, Andrés, de sonsacar á Pedro, criado de confianza de Gutenberg, para que le descubra el secreto de los trabajos de su amo, á lo que él se niega.

Amenazan los socios á Gutenberg con rescindir el contrato si no les descubre el secreto, y con acudir á la justicia para embargarle el taller.

A raíz de esta escena, llega á casa de Gutenberg la mujer que ama y él le dice al interrogarle ella sobre sus aspiraciones.

GUT. ¿Que á qué aspiro?
A romper los siete sellos
del libro de la verdad;
á que de la oscuridad
salgan brillantes destellos;
á que á los valles desciendan
los vientos de las montañas;
á que las débiles cañas
del huracán se defiendan;
á que en los ecos resuenen
prepotentes los sonidos;
á que astros desconocidos
de luz el espacio llenen;
á que el tiempo ya no borre
ni una idea de las que borra;
á que la palabra corra
lo que el pensamiento corre.
ANA. Sigue, Juan.
GUT. A que se enlacen
el presente y el pasado,
y el uno al otro enlazado
con el porvenir se abracen.

Llega el hermano de Ana á la casa é insulta á Gutenberg. Este lo abofetea, se concerta un duelo, y por si la suerte le fuese contraria, ó llegaran á embargarle el taller y descubrieran su secreto, deshace el molde que acaba de terminar, echa las letras en un taleguillo, y dice á Pedro:

GUT. ¿Que vengan ya!
PED. ¿Qué habéis hecho?
GUT. Destruir
el molde de mi esperanza:
Mi afán este premio alcanza:
ya no me importa morir.
(Contemplando el taleguillo.)
Aquí, Pedro, se sepultan
diez años de rudo afán;
aquí mis sueños están
y mis desvelos se ocultan.
Un mundo se encierra aquí,
y la muerte de otro mundo.
PED. No comprendo; me confund...
GUT. La muerte de un mundo, sí.
(Transeíón)
Y ese necio pretendía
que la estrella de mi gloria
alumbrara su memoria
oscureciendo la mía.
En su mezquina ambición
no ha podido imaginar
que aquí se puede encerrar
mi gloria con mi invención,
y que si el hado enemigo
me persigue en ese duelo,
moriré con el consuelo
de que la entierran conmigo.
PED. ¡Exponer así la vida
cuando iba el triunfo á alcanzarse!
GUT. La vida debe arriesgarse
siempre que el honor lo pida.
PED. ¿Y los que el fruto esperaban
de vuestra invención?...

GUT. ¿Qué dices?
PED. Los que iban á ser felices...
los que sufrían y lloraban...
los que de la luz en pos
hace siglos que corrian...
los que saciarse querían
de la palabra de Dios...
GUT. ¡Oh! ¡Calla!
PED. (Un esfuerzo más.)
Los que en vez de bendiciones
arrojarán...
GUT. ¡Maldiciones
sobre mi nombre? Jamás.
¿Quién el sonido te ha dado
de la voz de mi conciencia?
¿Quién eres?
PED. ¡Señor, clemencia!
GUT. ¿O quién así te ha inspirado?
Toma, y que Dios te bendiga:
ahí llevas el porvenir.
Ahora ya puedo morir
sin que el mundo me maldiga.
¿Qué insensato desvarío
mi razón extraviaba?
¡Mi invento ocultar pensaba!
Pues qué ¿mi invento era mío?
¡Condenar á los que gimen
á un suplicio atroz, eterno!...
¡De no existir el infierno,
creado lo hubiera este crimen!
Mi pretendida humildad
era un feroz egoísmo;
difunde ese mecanismo
y salvas la humanidad;
y si al levantar los hombres
un templo para tu gloria
quieres honrar mi memoria
enlazando nuestros nombres,
mis restos se animarán
dentro del sepulcro inerte,
y á despecho de la muerte
mis brazos te estrecharán.

Conjurado el peligro del duelo, y creyendo que sus socios han desistido de llevar la justicia á su casa, Gutenberg vuelve á encerrarse en su taller, rehace el molde, saca una prueba, y entra con ella en la mano en escena, donde por diferentes causas están casi todos los personajes del drama.

GUT. (Hablan lo consigo mismo y sin ver á nadie.)
¡No, no es
ilusión de mi deseo!
¡La prueba está aquí! ¡La veo!
¡Cayó el gigante á mis pies!
¡Arquímides, te vencí!
El apoyo que buscaba
tu palanca, y que no hallaba
tu afán, lo tengo yo aquí.
¡Tiempo! Tu huella fatal
no marcará ya el olvido.
¡Muerte! Tu trono se ha hundido;

¡el genio ya es inmortal!
Hombre que pu sto de binos
llorabas eternamente,
levántate, alza la frente,
y eleva al cielo tus ojos.
Empuña con noble ardor
el martillo de la idea,
y sin descanso golpea
en el templo del error;
y haz que para tu afán loco
de conocer la verdad,
sea poco la eternidad
y el infinito sea poco.

(Los que lo escuchan están
atónitos y subyugados por el
misterio o poder del genio.)
¡Me ciega la luz que encierra
este sencillo papel!

(Lee.)

Y dijo Jesús: «Amaos unos a otros.»
(Fijase en este momento en
cuanto le rodean y exclama
con acento imperioso.)

¡De rodillas!

(Todos le obedecen.)

¡Gloria á él.

ESCENA ULTIMA

DICHOS.—FAUSTO.

(Entra Fausto, socio de Gutemberg, que viene con la justicia á embargarlo; á detiene á la puerta y al verlo Gutemberg le grita:)

GUT. ¡Tú también!

(Fausto se arrodilla.)

¡Mi alma se eleva

á la celeste región!

(Y dirigiéndose á Fausto, exclama:)

¡La imprenta era mi invención,
y esta es la primera prueba!

Así termina el dramilla en un acto.

EL MAYOR CASTIGO

Sabido es que allá por los años primeros de la restauración se puso en moda el acabar á tiros con las adúlteras en el teatro, sin duda con el propósito de ver si se enmendaban las que precisamente concurrían á él para convenir con sus cómplices en la hora que habían de verse al otro día. Y que el propósito no se lograba, demostrábalo el que, á más tiros en los escenarios, más adulterios registrados en la crónica escandalosa.

Y entonces, no porque yo creyera que el teatro reforma las costumbres, sino por protestar de aquella monotonía insostenible del tiroteo, ocurrióseme hacer un drama en que la pólvora no interviniese en la solución del conflicto adúltero. Y he aquí su argumento.

Paulina iba á casarse con Mauricio, primo suyo. Vivían en la misma casa, él con su padre, D. Juan, viudo, y ella, con su madre, D.^a Mercedes, viuda también. Las dos habían llegado hacía poco de Filipinas, donde tenían ricas posesiones.

Un mes antes de casarse se supo que un pariente les había promovido un pleito del cual dependía la pérdida de su fortuna, y á reiteradas súplicas de la madre, Mauricio, que era

abogado, salió para Manila, aplazándose el casamiento hasta su vuelta.

A los diez meses, perdido el pleito, regresó Mauricio á Madrid, y al hablar de la celebración de la boda, la madre y la hija mostraron deseos de que se aplazase. Era que Paulina, aconsejada por la madre, que no vio nunca con buenos ojos que se casara con su sobrino á causa de su indiferencia religiosa, había entablado durante la ausencia de Mauricio relaciones con un joven llamado Rafael, amigo de Mauricio, protegido de los jesuitas y muy rico; joven que se había excedido en sus intimidades con Paulina y que á última hora eludió el compromiso moral adquirido.

En el desarrollo de estos incidentes transcurren los dos primeros actos.

Ante la actitud de Rafael y la difícil situación en que las colocaba la pérdida del pleito, la madre, ignorando hasta el punto á que habían llegado las relaciones entre Rafael y su hija, aconsejó á ésta que cumpliera la palabra dada á Mauricio; y Paulina, aunque al principio se resistió dignamente, por no confesar su de honor á su madre, accedió por fin á sus ruegos.

El tercer acto comienza al regreso de la iglesia, ya celebrada la boda; él feliz, ella temerosa, contrariado el padre, porque había sospechado algo que no se atrevía á revelar á su hijo; y la madre creyendo que nada trascendería de aquellas relaciones, por haberle recogido aquel mismo día á Rafael unas cartas comprometedoras que de Paulina guardaba.

Aprovechando un momento en que estaban solas, va la madre á entregarle el paquete de cartas á Paulina. Aparece Mauricio en aquel instante, cree la madre que ha oído una frase que ha dicho á su hija, y al verla confusa y aterrada, se turba y exclama casi inconscientemente: ¡Piedad para ella! Mauricio entonces le arrebató el paquete de cartas, las manda salir de la habitación, y...

Desde aquí copio al pie de la letra las escenas que restan del drama:

ESCENA IX

MAURICIO.

¡Piedad para ella! Ese grito me aterroró.

(Pasándose las manos por los ojos.)

¡Qué oscuridad!

¡Luz!... ¡Luz!... ¡Piedad! ¡Piedad!

¿Luego entonces hay delito?

¡Delito! ¿Y cuál, cuál? Estalla la duda bajo mi frente.

No, pensamiento, detente; memoria, olvida;

(Al corazón)

y tú, calla.

No aumentéis mi desvarío haciéndome comprensibles estos rumores terribles

que se alzan en torno mío.
¡Cuánto pesa este papel!
Si la infamia en él se esconde y á su peso corresponde ¡qué cantidad hay en él!
Voy á saberlo.

(Intenta abrir el paquete y le tiembla la mano.)

¡Ah! Inerte

mi mano abrirlo resiste.

¡Qué debilidad existe

en el ánimo más fuerte!

Pensarlo me desconcierta...

¡Valor, valor!... Es preciso.

(Lo abre, pasa los ojos por una carta, y cae desplomado sobre el sofá, exclamando:)

¡Entraba en el paraíso

y me han cerrado la puerta!

¿Qué les hice?

(Sepulta un momento la cabeza entre las manos.)

¿Conque es cierto

lo inverosímil? ¡Qué calma

tan espantosa en mi alma!

Algo grande en ella ha muerto.

(Pausa larga, hasta que se levanta rápidamente.)

¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí?

Nadie. Jurara... ¡Es mi honor

que ruge amenazador!

No temas; estoy aquí.

Te vengaré. Roja nube

en mis ojos se presenta:

es el vapor de la afrenta

que de mis entrañas sube.

Odio, celos, amor, ira,

todo en mezcla monstruosa

de aquí sangrando rebosa...

(Transición)

¡Pero si todo es mentira!

¡Si no puede ser verdad!

¡Si no se desploma el cielo!

¡Si yo aún vivo!

(Otra pausa)

¡Oh, qué velo!

Me abruma su densidad.

(Se dirige á caer de nuevo sobre el sofá y permanece así un rato.)

Deben haberse olvidado

de cerrar, y siento frío.

(Se levanta.)

¡Qué pesadilla, Dios mío!

Cerraré. ¡Cuánto he soñado!

(Repara en las cartas que dejó caer.)

¿Soñar? ¿Y esto? Miserable

de mí, que la traición toco,

y para no verla evoco

á la duda despreciable.

Lo cierto en negar me obstino,

en tanto que aquí se forman

esas iras que transforman,

al honrado en asesino.

(Solloza.)

Lágrimas que pedís mudas

para esa mujer piedad,

adentro. No; antes, lavad

la vergüenza de estas dudas.

ESCENA X

MAURICIO.—PAULINA

PAU. (Entrando precipitadamente.)

¡Mátame!

MAUR.

¡Cómo! Te atreves...

PAU. ¿A morir? Si es el consuelo que me resta.

MAUR. Pide al cielo amparo.
(Se avalanza á la mesa y no acierta á abrir el cajón donde guarda la pistola.)

PAU. Haz lo que debes.
Te perdono.

MAUR. (Irguiéndose.) ¿Quién? ¿Tú á mí?
¿Por qué delito ó pecado?
¿Por haberte calumniado cuando honrada te creí?
Acepto el perdón.

PAU. Termina,
que mi madre volver puede de su desmayo.

MAUR. Ya cedió...
Ya cedió.

PAU. Pronto.
(Mauricio amautila la pistola á tiempo que Merce les aparece y se interpone.)

ESCENA XI

DICHOS. MERCEDES. Después D. JUAN

MERC. Paulina.
¡Huye!... ¡Huye!... ¡Socorro!

PAU. ¡Madre!

MERC. ¡Juan! ¡Juan!...
(Mauricio se dispone á disparar.)
¡Mauricio! No, no.
Yo soy la culpable. ¡Yo!
(D. Juan entra y sujeta el brazo de su hijo.)

JUAN Baja esa pistola.

MAUR. ¡Padre!

JUAN ¿Qué ibas á hacer?

MAUR. A matarla.
Suelta el brazo. Y luego á él.
Me han vendido. Rafael...

JUAN ¡Ah! (Comprendiendo todo.)

MERC. ¡Por Dios!

JUAN (A Paulina.) Vete

MAUR. ¿Dejarla salir con vida? Primero...
(Trata de arrojarla sobre Paulina y D. Juan lo detiene.)

JUAN ¿Tú quieres vengarte?

MAUR. Sí.

JUAN (A Paulina.)

Retírate.

(Al ver que se dirige al foro sollozando y seguida de su madre.)

Por allí.

(Entran las dos en el gabinete de la izquierda.)

ESCENA XII

MAURICIO. — D. JUAN.

MAUR. ¡Padre!

JUAN (¡Desdichada!)

MAUR. Quiero que me expliques...

JUAN ¿Desearás proporcionada á la ofensa la venganza?

MAUR. Grande, inmensa... que no se conciba más.
Doy mi vida por su vida.

JUAN Justifico esa venganza; pero es pequeña; no alcanza reparación bien cumplida.

MAUR. ¿Tú apruebas?...

JUAN ¿No he de aprobar?

MAUR. ¿Que la mate? Me envaneces.

JUAN No una; cincuenta veces; que una sola no es matar.

MAUR. Llevo sangre tuya.

JUAN Sí.

MAUR. Lo demostraré.

JUAN ¿A qué aguardas?

MAUR. (Yendo á coger la pistola.)

¡Oh! Ahora mismo.

JUAN Ya tardas en arrojarla de aquí.

MAUR. ¿Qué dices?

JUAN ¿Qué has entendido?

MAUR. Que la mate.

JUAN ¿Y qué te mando?

MAUR. Padre, ó estás delirando, ó nunca me has conocido.

Le faltaba á mi dolor este insultante episodio.

JUAN ¿Qué sientes por ella?

MAUR. Odio.

JUAN Vengándote así, es amor.

MAUR. Odio ó amor, ¿qué me importa si vierto su sangre impura?

Esta venganza es segura.

JUAN Pero insuficiente y corta.

MAUR. ¿Dejarla con vida? ¡Oh!

¡Cuán indigno me supones!

JUAN ¿Te pido que la perdones?

¿Que no te vengues?

MAUR. Sí.

JUAN No.

MAUR. Es igual para mi honra.

Se mirarán otra vez, y...

JUAN ¿De qué tratamos aquí,

de celos ó de deshonra?

MAUR. De ambas cosas. ¿Quién separa tan confundidas ideas?

JUAN La justicia.

MAUR. ¡Que eso creas!

JUAN Y la razón que te ampara.

MAUR. ¿Perdonar a, que eso es lo que pretendes? Primero

de un golpe firme y certero

caigo espirante á tus pies.

Que mientras yo devorado

por la sed de la venganza,

perdida toda esperanza,

con el pecho destrozado,

y en lucha conmigo mismo

sin tregua, paz, ni consuelo,

soñando en dichas del cielo

de de el fondo del abismo,

siempre firme en desear,

y constante en maldecir,

y no sabiendo morir,

y no pudiendo olvidar;

ella, la mujer querida

y por mí divinizada,

siempre por mí deseada

y nunca por mí ofendida;

Paulina, la que yo amé

¿que digo amé?, la que amo.

(Movimiento de D. Juan.)

Ya sé, ya sé que me infamo,

pero siempre la amaré —

prodigue su amor á un hombre

que no soy yo — ¡yo, que diera

mi parte de gloria entera

por esa dicha sin nombre,

¿esto quieres?

JUAN (¡Desgraciado!

Su dolor es infinito.)

MAUR. Ahora comprendo aquel grito:

«¿Por qué me has desamparado?»

(Presentando la pistola á su hijo.)

Allí está.

(Mauricio lo mira estupefacto.)

¿Qué te detiene?

Entra.

MAUR. ¡Padre!

JUAN Sólo mata

el furor que se desata

ó el temor que se previene.

MAUR. Explicate.

JUAN No has matado

al desatarse el furor,

y ahora matas, por temor

á no ser mañana honrado.

MAUR. Más, más... Explicate más.

JUAN Pasado el primer instante,

no el marido, es el amante

quien mata.

MAUR. ¿A probarme vas?...

JUAN ¿Tú tienes confianza en ti?

MAUR. Sí.

JUAN ¿Y en qué tu corazón

dominará esa pasión

hoy, mañana y siempre?

MAUR. Sí.

JUAN Pues arrójala; el que dude,

ponga un muro entre la muerte

y su honor. El hombre fuerte

con su conciencia se escude.

No infaman actos ajenos;

las faltas son personales.

Deshonras colaterales

no asustan hoy á los buenos.

MAUR. La sociedad...

JUAN Otro error.

MAUR. La sociedad no transige...

JUAN Con la mujer.

MAUR. Pero exige...

JUAN Que el marido tenga honor;

nada más. Quien al ver cierta

su desgracia, así responde,

ni una mano se le esconde

ni se le cierra una puerta.

Y es justo.

MAUR. ¡Lucha insensata!

JUAN El que quiere ser honrado

phede serlo.

MAUR. ¡Me ha matado!

JUAN ¿Luego sin herir se mata?

MAUR. ¿No me ves?

JUAN ¿Luego recibo

completa satisfacción?

MAUR. No.

(Después de una pequeña pausa.)

¡Sí, sí! ¿Qué ofuscación!

Que viva como yo vivo.

No, peor.

JUAN Así te quiero,

hombre, digno, justo y fuerte.

Nada resuelve la muerte.

El suplicio verdadero

es vivir, cuando se lleva

la muerte dentro del alma.

MAUR. ¡Sí, sí!, que viva sin calma;

que amargas lágrimas beba;

que el hombre más miserable

se avergüence de su amor

y el fantasma del honor

la persiga inexorable;

que descienda grada á grada

hasta el fondo del abismo

y que le pida al cinismo

que al pudor cuando honrada;

que aumente la impura grey

que bulle en el lodazal
y el vicio sea su moral
y la ignominia su ley.
Me has salvado... Sí, que llore
y que...

JUAN ¡Cuánto la has amado!
MAUR. No; aún es poco.

(Golpeándose la frente como para
buscar un pensamiento.)

Estoy vengado:
que mientras viva me adore.

JUAN (Delira.) ¿Qué haces ahí?

MAUR. ¿No me escuchas? ¿A qué guardas?

JUAN Voy al momento.

MAUR. Ya tardas
en arrojarla de aquí.
(Don Juan entra en el gabinete de
la izquierda.)

ESCENA XIII

MAURICIO.—RAFAEL, ignorando lo que
ocurre, se dirige á estrechar la mano
de Mauricio, que le dice en voz baja:

MAUR. Al marcharme, confié
en tu amistad y tu honor,
y me has vendido.

RAF. (Valor.)

MAUR. Armas, hora y sitio.

RAF. Es que...

MAUR. No es esta ocasión de hablar.
Sé lo que vas á decir
y tú puedes presumir
lo que voy á contestar.
Elige. Esta misma tarde
ha de ser. Mas no, ahora mismo.

RAF. (Calma.)

MAUR. ¿Si tras el cinismo
sólo encontraré un cobarde?

RAF. Tal insulto...

MAUR. Si no fuera
por miedo á que se manchara
pondría mi mano en tu cara.
Para abreviar...

RAF. No tolera
mi honor...

MAUR. ¿De honor á hablar viene?
¿Que honor este vil proclama?
¿Si porque lo roba infame
sospechará que lo tiene?

RAF. De sobra. Y he demostrado
que mi brazo lo recobra
de quien lo dude.

(Aparece don Juan seguido de Paulina y Mercedes.)

MAUR. ¿De sobra?
Pues devuelve el que has robado.
(Al ver á Rafael D. Juan se adelanta
hacia su hijo, y ellas se quedan atre-
rálas en el dintel de la puerta.)

ESCENA XIV

DICHOS. PAULINA y MERCEDES, D. JUAN.

JUAN Ese hombre...
(Paulina cruza las manos sobre el pe-
cho y mira á Mauricio.)

MAUR. (A Rafael.) Ve lo que has hecho.
MERC. ¡Piedad!

JUAN (Al advertir que Paulina corre á
arrodillarse delante de Mauricio.)

MERC. ¡Paulina!

PAU. ¡Perdón!

(Mauricio, sin mirarla, pero muy
conmovido, le indica con el dedo la
puerta de salida.)

Tu mano.

(Va á cogérsela y Mauricio la aparta.)

¡Por compasión!

(Por fin se apodera de la mano, y se
la besa. El pañuelo se le cae á los
pies de Mauricio.)

¡Ni una mirada!

(Don Juan hace una seña amenaza-
dora á Rafael, que se retira confun-
dido, y después otra suplicante á
Paulina y Mercedes, que se dirigen
lentamente y sollozando á la puer-
ta del foro seguidas de D. Juan.)

ESCENA ULTIMA

MAURICIO.—A poco D. JUAN

MAUR. ¡Mi pecho
se abre! ¡Qué angustia!
(Mirando al foro.)

¡Se va!

¡Y para siempre! ¡Y yo aquí
sin detenerla!
(Repara en el pañuelo y lo recoge.)

¡Oh! ¡Sí!

El suyo.

(Lo besa apasionadamente, á tiem-
po que D. Juan aparece.)

JUAN ¿Qué besas?

MAUR. ¡Ah!

¡Perdóname!

JUAN ¡Hijo! Valor.

¿Serías capaz?...

MAUR. ¿De olvidarla?

Jamás. Ni de perdonarla.

Era muy grande mi amor.

JUAN Si otro...

MAUR. No; el templo tenía
una puerta y una nave,
un altar y un Dios.

(Mirando á la puerta por donde sa-
lió Paulina.)

¡No sabe

el culto que le rendía!

El altar se ha profanado,
el Dios al suelo ha caído,
la nave se ha resentido,
y la puerta se ha cerrado.

TELON

Creo que si el drama llega á repre-
sentarse y pasa el acto segundo, que
era dramáticamente bastante flogito,
no hubiera desagradado, y hasta tal
vez alcanzara buen éxito. El amor de
padre ciega, como vulgarmente se
dice.

Esto ocurrió á fines de 1880, á poco
de salir yo de *El Globo*. En Abril de
1881 fundé *EL MOTIN*, y aunque algu-
na vez desde entonces he pensado
intentar la reforma del segundo acto,
nunca me he decidido; unas veces
por desconfianza de mis facultades
literarias, otras por haberme faltado
aquello que Lope de Vega considera-
ba indispensable para dedicarse con
provecho al cultivo de las Musas:

«Estudio, tranquilidad
y tener el corazón
libre de todo pesar.»

JOSÉ NAKENS

Visita extraña

Lo fué la que recibí el 10 del pa-
sado á eso del oscurecer. Por falta de
espacio no di cuenta de ella en el nú-
mero anterior.

Me avisaron de que dos señoras
deseaban hablarme. Las mandé pasar
y una de ellas me dijo:

— Soy la maestra oficial de la es-
cuela de niñas en el Puente de Valle-
cas y soy católica. Esta es una amiga
que ha tenido la bondad de acompa-
ñarme á verlo á usted.

— Como usted sabe quién soy, sólo
me cabe decirle: «La escucho.»

Y la señora, con voz clara, precisa,
y una corrección de lenguaje que ya
quisieran para lucirla en las grandes
solemnidades muchos académicos, sin
indignaciones ni mojigaterías, y sin
hacer apreciaciones ofensivas para na-
die, vino á decirme en sustancia lo si-
guiente:

Que en cumplimiento de sus debe-
res religiosos acudió el 17 de Mayo,
día de la Ascensión, con las niñas de
su escuela á la iglesia de San Ra-
món.

Que estando arrodillada para reci-
bir la comunión, el capellán del Asilo
de Ciegos, D. J. Daniel Mas, le pidió
en voz baja que hiciera el favor de
levantarse.

Que ella, creyendo que no habría
reparado en quién era, le advirtió, en
voz baja también, que pertenecía á la
Congregación de los Jueves Eucarís-
ticos; que él insistió en que se levan-
tara, alzando ya la voz y poniéndose
de espaldas al Santísimo; que ella per-
sistió en su negativa, y él suspendió la
comunión mientras ella no se fuese; y
que entonces, para evitar la continua-
ción de aquel espectáculo poco edifi-
cante, y más en día tan solemne, le-
vantóse confusa y ruborizada y se re-
tiró del templo bajo las miradas de los
fieles atónitos y de las niñas de su
escuela.

Que en el estado de ánimo que es
de suponer, aguardó un día y otro á
que, en cualquier forma, le diesen una
satisfacción por aquel atropello, bien
el que lo cometió, bien el párroco
que la conocía y trataba; y que á los
ocho días, y después de meditarlo
mucho, se decidió á ir á rogar al señor
obispo de la diócesis que se le diera
una pública reparación, ya que públi-
co había sido la ofensa.

Que no pudo hablar con él por ha-
llarse aquel día fuera de Madrid, mas
sí con el secretario, quien calificó de
grave el caso y hasta de sacrilego;
alabando la prudencia de la señora,
que se había negado á la solicitud de
dos periodistas que fueron á requerir-
la para que les refiriese lo ocurrido, y
ofreciéndole que recibiría satisfacción
completa, pues él se encargaba de
comunicar á Su Excelencia el suceso;
sin perjuicio de avisarle á ella para

EL MOTIN



—Mi capitán: ahí está la mujer
de un voluntario, que viene á bus-
car los Sacramentos.
—Pues tráeme la carabina.



—*Dominus vobiscum.*
—¡Presenten! ¡arms...!



Cualquiera le tose á este.



—Desocupa y vuelve.

Dibujos de cajas de cerillas en moda durante la última guerra civil

Ayuntamiento de Madrid

que hablase con él; y que con esta promesa retiróse tranquila á su casa.

Que al mes próximamente, y al ver que no llegaba el aviso ofrecido, se presentó de nuevo en el palacio episcopal y el secretario quedó sorprendido al enterarse de que no estaba aún el asunto resuelto, pues se había ordenado al párroco que así lo hiciera; párroco que por cierto se había hecho lenguas de la excelente conducta y la indiscutible religiosidad de la profesora.

Que ella empeñóse, sin embargo, en hablar personalmente con el obispo; que lo consiguió, á pesar de algunas dificultades que le pusieron; que el obispo la recibió muy bien antes de saber quién era, pero que después advirtió en él cierta contrariedad y manifiesto deseo de que acortase la entrevista; y que la despidió ofreciéndole también que se le daría la satisfacción debida.

Y que, efectivamente, á los ocho días recibió la siguiente carta, escrita de puño y letra del propio sacerdote que la mandó levantar del comulgatorio:

+

Muy señora mía: Debo decir á usted para su satisfacción, que nada estuvo más lejos de mi ánimo, que la intención de molestarla, cuando el día 17 de Mayo pasado, rogué á las socias de «Jueves Eucarísticos» junto á las cuales usted se había colocado, que esperasen nuevo aviso para comulgar. Pues esto, según las instrucciones que tenía, no quería decir sino que esperasen á que usted comulgara primero. Y para hacerlo tuve razones muy ajenas á la más leve animosidad hacia usted.

Con esta explicación se despide de usted affmo. en el Señor y S. S.

J. DANIEL MAS

Hoy 3 Julio 1917.

La señora quedó estupefacta al recibir esta carta. Si se hubiera tratado de una desconsideración, y hasta de un ultraje en privado, me decía emocionada, yo me habría conformado con aquella explicación, por humildad y por el deber que tenemos los católicos de perdonar las ofensas. Pero el hecho fué presenciado por los fieles de la parroquia, y lo que me dolió más, por las niñas á quienes educo con arreglo á las máximas y principios de nuestra religión sacrosanta. Además yo no podía leer á mis discípulas esa carta; acostumbradas á oírme elogiar constantemente la conducta inmaculada y las virtudes acrisoladas de los ministros del Señor, hubieran pensado que yo había mentido. Todas habían visto y escuchado lo ocurrido, y no hubiera habido medio de convencerlas de que el P. Mas no infringía en la carta al octavo mandamiento. ¡Y qué golpe tan terrible podía haber sido éste para su fe!

Por esto, por creer que no debía leer la carta á nadie, y menos á las

niñas, para no llevar á sus tiernos corazones la duda de si los sacerdotes faltaban á veces á la verdad, me decidí á molestar nuevamente al señor obispo, para pedirle consejo en esta tributación de mi espíritu. Le expuse humildemente las razones que acabo de exponerle á usted, y le supliqué que me aconsejara el camino que debía tomar, siempre que condujera á que yo recibiese en público la satisfacción que como católicos, como educadora y como mujer merecía; me contestó que la satisfacción dada por el Sr. Mas debía bastarme, y que respecto á la carta, podía hacer de ella el uso que quisiera.

Y esta es la causa de haber venido á visitar á usted. Aun cuando no estoy conforme con sus ideas, lo tengo á usted por imparcial, sincero, y partidario de que se coloque la luz, no debajo, sino encima del candelabro, cual dijo el fundador de la religión que profeso. Yo, como buena aragonesa, soy amiga de la verdad, y acudo á todas partes donde creo que puedo tropezar con ella.

Así concluyó de hablarme aquella señora.

Confieso que estuve encantado oyéndola. Ni una vez siquiera me permití interrumpirla. Aparte de que hubiera sido una descortesía, temí decir algo que pudiera herir los acendrados sentimientos religiosos que manifestaba. Únicamente me propasé á hacerle después esta observación:

—¿Ha calculado usted bien, señora, á lo que se expone haciendo públicas sus razonadas y justas quejas en EL MOTIN? ¿Ha pensado usted en que la calumnia disfrazada de conmiseración puede cebarse desde hoy en usted como mujer, y la persecución disimulada y sorda acorralarla como profesora?

Y me contestó con una convicción y una entereza que he visto en pocos hombres:

—Sí, he pensado en ello. Pero después de haber llamado á las puertas de mi Pastor en demanda de la justicia que se me debe, y no habiéndoseme otorgado, quedo ante mi conciencia de católica justificada de haber venido á pedirle á usted que publique en EL MOTIN cuanto le he dicho. Respecto á lo demás, tengo presente aquello del Evangelio: «Haz bien á los que te aborrecen y perdona á los que te insultan y calumnian.»

Después de estas palabras se retiró la señora, ofreciéndole yo relatar fielmente en EL MOTIN cuanto me había referido.

Como se comprenderá, maldita la importancia que el asunto tiene juzgándolo desde mi punto de vista; pero me explico que la tenga muy grande para una señora católica, que cree en la impecabilidad de los curas, y en la solemnidad de los actos religiosos.

¿Conducirse de ese modo un sacerdote estando el Señor de manifiesto? ¡Horror de horrores! Como también me explico las hondas amarguras que habrá sufrido y sufrirá al verse obligada á reconocer que existen irreductibles diferencias entre las teorías y las prácticas cristianas. Pensara como yo, y encontraría natural y corriente todo cuanto le ha pasado, y no se preocuparía de que el P. Mas volviese la espalda al altar en que estaba de manifiesto Su Divina Majestad. El, como todos los del oficio, está en el secreto.

Lo que ya no me explico, es que esa profesora se apene tanto por la situación difícil en que la ha colocado este incidente. ¿Qué no podrá decir en adelante á las niñas que todos los sacerdotes son bondadosos, sencillos, piadosos, tolerantes, prudentes, enemigos de todo fraude y toda mentira? Pues que se lo calle, ya que su respeto ó la verdad le impide imitar á quienes lo dicen sin creerlo; el 99 y medio por ciento aproximadamente. Por otra parte crea que ya se encargará el tiempo de aleccionarlas, en este punto.

Mas cortaré aquí, pues me voy inclinando sin advertirlo á mi natural estilo, y sentiría que se me escapara alguna cuchufleta que molestase á la señora que me visitó, bien al ocuparme del *bisbe*, bien del P. Mas (ó menos), bien de cualquiera otro de los santos varones que en este asunto han intervenido.

Rei ero, pues, á esainteligente, aunque católica maestra, el testimonio de mi consideración y mi respeto, y pongo á su disposición EL MOTIN para cuando se vea difamada, calumniada y perseguida. *Que sí se verá.*

B. S. P.

JOSÉ NAKENS

Postdata.

Público y notorio es, que no he sentido nunca deseos de volver á la religión de mis mayores; mas si por desgracia barruntase que iban á acometerme algún día, el recuerdo de lo ocurrido á una maestra católica los ahogaría en mi pecho antes de manifestarse.

¡Cualquier día me postraba yo á los pies de un cura (aunque no le *funge-lasen* á Gruyere) para que me administrara la comunión! Si hay en la clase quien trata tan desconsideradamente á las señoras que tienen bien acreditada su ortodoxia ¿qué no harían conmigo? Las tiemblas me pierden sólo al pensarlo.

Por lo tanto, juro, perjuro y vuelvo á jurar que nunca consentiré que airee mi corazón ni el más leve soplo de la divina gracia; que continuaré rindiendo culto fervoroso á mi querida y ya veterana impiedad, y que aguardaré al día del Juicio por la tarde para enterarme de si obré bien ó mal al huir de los templos donde pre-

suntos ciudadanos de la Jerusalén celestial le faltan al respeto á Cristo en las barbas del propio Dios. He dicho.

Recuerdos de la juventud

Mi conocimiento y amistad con Estévez

Conocí á Nicolás Estévez el año 1872, al publicarse, por segunda vez, el batallador periódico *El Combate*.

Del antiguo entramos en el Francisco Rispa y Perpiñá, que lo dirigió, José Guisasaola, Francisco Córdova y López, Ignacio Sastre y yo; completando la redacción Nicolás Estévez, Juan Pedro Barcelona, Vicente Galiana y José Alvarez Sierra.

En *El Combate* nos vimos y empezamos á tratarnos. Ese trato diario en la redacción produjo una constante transmisión de ideas, de opiniones, de conducta, echando las raíces á una amistad tan íntima, tan sólida y profunda que tan sólo la muerte de Estévez ha podido romper.

Los dos formamos parte de la redacción de *El Combate*.

Juntos vinimos representantes de las tres Asambleas federales.

Ambos rechazamos, con la mayor energía, la llamada *Declaración de la Prensa*, proclamando el *Pacto Federal*, explicado y mantenido por D. Francisco Pi y Margall.

En la Asamblea federal de 1872, al proponerse por los Sres. Castelar y Figueras la monstruosa coalición electoral en que entraron todos los monárquicos, desde los radicales á los carlistas, fuimos de los treinta y cinco representantes que votaron en contra.

Pertenecíamos Estévez y yo á la fracción *intransigente*, siempre dispuesta á la revolución para traer la República.

Y al ser llamado Estévez por el señor Pi y Margall para formar parte del Directorio consideré este honor como si á mi hubiese sido concedido.

Movíanse nuestros amigos procurando allegar recursos de todo género para un nuevo alzamiento, pero tanto él, como yo, aleccionados por lo ocurrido en los movimientos de 1869 y 1870, y por la reciente desaprobación por el Sr. Pi y Margall de la sublevación del Ferrol, ocurrida en el mes de Octubre, no estábamos dispuestos á movernos sin la orden y el apoyo del Directorio, para no exponernos á un nuevo fracaso.

Llegó un día, sin embargo, en que nuestro amigo, el antiguo diputado aragonés D. Francisco García López, creó en Madrid, secretamente, un *Consejo Provisional de la Federación Española*, y en unión de nuestro también amigo, el bizarro general D. Juan Contreras, que tenía ganadas algunas tropas, reclamaron nuestra ayuda llegando á decir el general que si Estévez se levantaba con una parte de en Despeñaperros, sosteniéndose ocho días, para darle tiempo de sacar las fuerzas comprometidas, la proclamación de la República era segura.

¿Qué hacer ante semejante afirmación? Aceptar, á sabiendas de una caída. Contreras pidió á Estévez ocho días, y Estévez se mantuvo en el campo con su gente treinta y ocho.

La mañana del día en que salió (No-

viembre de 1872) conferenciamos en su casa de la calle de Hortaleza, ordenándome permanecer en Madrid para noticias y partes, pues un combatiente más en el monte, nada significaba, me dijo; mientras que un hombre de confianza en la capital, como usted, vale por ciento.

Tal fué el motivo de no seguirle á Andalucía.

Como temíamos, el intento no tuvo éxito, y conste que la fracción intransigente dió gallardas pruebas de su valía levantando partidas numerosas y bien organizadas en Andalucía, Extremadura, Vizcaya, Cataluña, Salamanca, Albacete, Alicante, Ciudad Real, Murcia, Orense y Teruel.

Lo que no hicieron las balas realizaron los acontecimientos. Por renuncia de don Amadeo de Saboya al trono de España, el Congreso y el Senado, reunidos en Asamblea Nacional, proclamaron la República el 11 de Febrero de 1873, formándose un Gobierno presidido por D. Estanislao Figueras, compuesto de republicanos antiguos, Pi y Margall, Castelar y Nicolás Salmerón; y de radicales, general Córdova, Becerra, Echegaray, Francisco Salmerón y Beranger, quienes desde el principio empezaron á conspirar para hacerse por completo dueños del poder, creando una república á su gusto.

El 24 de Febrero ocurrió el primer choque, resultando una crisis que produjo la salida de los ministros radicales, que fueron sustituidos por verdaderos republicanos: D. Juan Tutau, D. Eduardo Chao y José Cristóbal Sorní, pero quedando á los radicales dos ministerios importantes, el de la Guerra y el de Marina, á cargo de los generales Acosta y Oreyro.

Como para este día y ocasión tenían preparadas sus huestes los radicales, así en Madrid como en provincias, pensando contar con el ejército y las milicias monárquicas, D. Estanislao Figueras llamó á la una de la madrugada á Estévez, cuyo talento y valor conocía, encargándole del Gobierno civil de Madrid. El efecto fué completo. Nada ocurrió en Madrid, y sólo en Barcelona hubo un conato de movimiento prontamente sofocado.

A los pocos días me llamó Nicolás mostrándome su deseo de que fuese de gobernador á Canarias, su país, ofreciéndome que me agradaba mucho, pues era joven y lleno de entusiasmos, pero que no acepté. Muerto mi inolvidable padre no quería causar á mi querida madre el disgusto de la separación, cuando acababa de proclamarse la República, esa República por la que ella había resistido mis luchas en las barricadas, la emigración en Francia, la prisión en la Cárcel del Saladero, la tristísima expedición á Asturias, las denuncias en la Prensa, todas mis calaveradas políticas por ella sufridas con la más santa resignación. Debíala esta pequeña satisfacción y quise dársela. Cumplí lo que juzgué mi deber.

Al suspenderse las Cortes radicales, dejaron nombrada una Comisión Permanente compuesta de diez radicales y cinco republicanos, verdadero fiscal que no dejaba vivir al gobierno, exigiendo que los ministros la dieran cuenta de todos sus actos. Semejante tiranía se encaminaba á provocar una revolución, para la cual contaban con el Capitán General de Castilla la Nueva Sr. Pavía, y la tropa, y con los batallones monárquicos de la Milicia, y una porción de generales, como más adelante veremos.

Apartado del Gobierno su presidente Sr. Figueras, por la muerte en aquellos momentos de su amantísima esposa, hizo cargo de la presidencia el Sr. Pi y Margall, el famoso día 23 de Abril.

Extractemos de las *Memorias* de Estévez algo de lo ocurrido:

«En la madrugada del 23 recibí un oficio del alcalde de Madrid, don J. Pablo Marina, participándome que, como jefe de la Milicia Popular, reunía para pasarles revista á los batallones del margen (todos monárquicos); contestándole yo que iba á revistar también los batallones del margen (todos republicanos), que situé en las Salesas, las Estaciones y edificios importantes, y dos batallones de reserva en la Plaza Mayor.

El Gobierno sustituyó á Pavía con el general Hidalgo, que con las tropas se dirigió á la vieja Plaza de Toros, situada en la Puerta de Alcalá, y los sublevados se dispersaron, apesar de tener á su frente los generales Serrano, López Domínguez, Letona, Caballero de Rodas, Valmaseda, Gasset, Bassols, Gándara, Ros de Olano, Baldrich, Topete y algunos más, y contar, según decían, con la guarnición de Madrid, la Guardia civil, y la artillería, ya que licenciados hacía poco los jefes facultativos, la mandaban jefes y oficiales de las otras armas.

El pueblo, al saber lo ocurrido, rodeó el Congreso en actitud hostil, pero nadie fué atropellado. Becerra, llevado al Gobierno civil, fué inmediatamente liberado.

Las turbas se condujeron con nobleza y generosidad.

Se habló mucho del *Carbonerín*, que era todo un hombre de bien, modesto industrial que se sacrificó por la política.

Los políticos que luego emigraron lo hicieron por su gusto.»

Algo dice en esas *Memorias* del entusiasmo y servicios extraordinarios de Rubau, Rodríguez Solís, García Marqués, Castañé, Pérez, y Balbona (el *Quito*).

Por lo que á mí hace voy á contar lo ocurrido.

Hallábame con el ilustre pintor Nin y Tudó, y otros varios republicanos en el salón del Ministerio de la Gobernación, dispuesto á cumplir con mi deber, cuando un portero me avisó que el señor gobernador me aguardaba en la puerta del Ministerio.

Apenas me vió me dijo necesitaba que realizase una comisión algo difícil y peligrosa. Quería que fuese hasta la Plaza de Toros y procurase observar lo que en ella y sus cercanías ocurría, trasladándose luego al Prado y viendo si las calles del Saucó y el Almirante estaban tomadas por los milicianos monárquicos y sus jefes, pues interesaba grandemente no las tuvieran en su poder y avanzasen por ellas á la calle del Barquillo, Plaza del Rey y calle de las Infantas á la de Alcalá.

—Muy bien, le contesté, y llamando á un cochero que pasaba, le dije abriendo la portezuela:

—A la Plaza de Toros.

—A la Plaza de Toros irá usted, si tiene ganas de morir, que yo no voy, contestó acobardado.

Adelantóse Estévez, le enseñó el bastón, y el cochero arreó el caballo encomendándose á todas las potestades del cielo, ya que las de la tierra tan mal le trataban.

Según mis indicaciones, que ya no se

atrevió á discutir, dimos una vuelta á la Plaza de Toros como si fuéramos unos inofensivos paseantes, notando en ella mucho movimiento, pues tenían colocados fuera el batallón de zapadores y dispuesta la artillería. Ignoro la causa, pero de repente sonaron algunos tiros que alcanzaron á otro coche que marchaba delante del mío. Juzgué inútil mantenerme allí, y con grande alegría del cochero bajamos al Prado, examiné las calles del Saucó y el Almirante, que afortunadamente estaban libres, y á la carrera volví á la Puerta del Sol, enteré á Estévez de todo, y éste me encargó avisara á Felipe Fernández (el Carbonerín), y á Juan Monferrer, y al escape ocuparan con sus batallones las citadas calles, rechazando cualquier ataque.

Otras comisiones me encargó aquella tarde Estévez. ¡Protecciones!... ¡Salvoconductos!... ¿A quién? ¿Cómo?

Inútiles preguntas. Desde el momento en que él nada ha dicho en sus *Memorias*, no será yo su amigo del corazón, quien descubra lo que él quiso permaneciera secreto.

Don Francisco Pi y Margall, sereno, tranquilo, verdadero hombre de gobierno fué el héroe de aquel día; y Nicolás Estévez, valeroso, leal, seguro, su brazo derecho.

A Nicolás le acompañaron en esta jornada otros dos amigos. Miguel Pérez, que hizo la guerra de Africa, que se batió denodadamente el 22 de Junio, que fué ayudante del general Escalante en 1868, y que Estévez llevó al Gobierno civil donde organizó el cuerpo de Orden Público, con parte del cual fué al cuartel de los Docks á sacar la artillería, marchando con ella á la Plaza de Toros; Miguel Pérez, que algo delicado de salud vive aún, y muchos años viva, en su casa de Getafe; y José Langarica, un riojano heroico, que tuvo tres amores, sus padres, la República y Estévez. Imposible que hombre alguno haya contado con tantos y tan leales amigos como Nicolás!

A reserva de dedicarle nuevas memorias en otra ocasión, he de consignar aquí que en España y en Portugal, en sus derrotas y en sus triunfos, en sus escaseces y en sus grandezas, en sus días oscuros y en sus horas de luz, siempre encontré en Estévez al hombre de corazón, al patriota entusiasta, al republicano sincero dispuesto, en todo momento, á dar la vida por el triunfo de sus ideales.

E. RODRIGUEZ-SOLIS

Cine clerical

Los amables

—Mira, mamá, el P. Sobón me ha dado un pellizco.

—Pero qué gusto tiene usted en hacer rabiar á la criatura... Déjele usted, ya sabe que es muy chillón y quejoso.

—Si son bromas, D.^a Jesusa. Como le he conocido en pañales, y luego soy su profesor, pues, la verdad, no le tengo ni pizca de respeto... Además ya sabe usted que yo soy muy cariñoso con los niños.

—¡Ay! ¡Ay!

—¿Qué te pasa?

—Mira, mamá, un pellizco en la

pantorrilla... Me ha hecho un cardenal.

—Toma, pues es verdad.

—Ese te lo he dado porque las llevas al aire... ¿Dónde se ha visto un chicarrón como tú, de trece añazos, llevar las piernas descubiertas?

—Es la costumbre y la moda, Padre. En el extranjero hay pollos hasta de veinte años que las llevan.

—¡Valientes zánganos! Ven acá, Pepito, y siéntate en mis rodillas.

—No quiero, que me hace usted cosquillas.

—Si es por jugar, tonto... Verás; ya que tu hermano no quiere, ven tú, Luisita... Anda, tonta, no te pongas colorada... Haremos el trote del caballo.

—Es usted más chico que los chicos... Bien se conoce que no tienen ustedes hijos; si los tuvieran, no les gustarían tanto los de los otros.

—¿Y qué mal hay en esto?

—No lo digo yo por eso, sino por que siempre gusta lo que no se tiene.

—Al que me dé un abrazo más apretado le doy diez céntimos.

—¡Yo!

—¡Yo!

—Tú has ganado, Luisita. Pero en fin, Pepito; para que no te quedes disgustado, dame un beso y te daré otros diez... ¡Ajaja! ¿Ves como somos buenos amigos? El día que hagas aquello que te dije el martes, te compro una caja de soldados y un trompo.

—¿Y qué es eso?

—Cosas nuestras, doña Jesusa... Esté usted tranquila... Ea, me voy, que á las tres he de estar en las Corazoneras, que hay triduo... Adiós, monines... Que te sepas bien la lección mañana; y tú, Pepito, piensa en aquello... y punto en boca.

—He visto salir de aquí al P. Sobón... Siempre anda tras sus chicos este cura, doña Jesusa.

—Los quiere mucho: es muy amable.

—Pues ande usted con ojo, que de esas amabilidades salen luego cosas como esa del P. Rogelio, de la Habana.

—¡Por Dios, no me asuste usted, señor Benito!

—¡Ojo, doña Jesusa, con los curas amables!...

FRAY GERUNDIO

EXPLICACIÓN

¿Que por qué no se publicó EL MOTIN la semana última? Por lo siguiente:

Llegaban á mí tantas noticias extraoficiales dadas por seguro que del lunes al jueves iban á ocurrir tantas cosas de las que deseo ver, no sólo en Cataluña, si no en otros puntos de España, que decidí retrasar la publicación del número para poder hacerme oportunamente eco de ellas en la

octava plana, sin someter el número á la censura.

Y aguardando aguardando amaneció el viernes; y al ver que, excepto en Valencia, en las demás poblaciones de España nada de particular ocurría, aunque la procesión andaba por dentro, me encontré con que ya era tarde para publicar el número, y que había pecado otra vez de cándido en demasía, al no darle á la Verdad extra oficial el mismo crédito que á la oficial.

Esta y no otra fué, queridos lectores, la causa de haber dejado de publicarse EL MOTIN.

Ríanse ustedes de mí, pues lo merezco, pero reserven algunas carcajadas para repartirlas entre los millares ó millones de inocentes que en esta ocasión les ha ocurrido lo que á mí.

¡Oh, Santo Tomás, el de ver y creer! Seré desde hoy uno de tus devotos mas fervientes.

Proposición rechazada

Los directores de los periódicos de Madrid se han reunido y firmado un Manifiesto de protesta contra la censura.

Rogué á Roberto Castrovido que representase á EL MOTIN en la reunión, y que, si lo creía oportuno, leyese una proposición que hace días le remití en consulta, concerniente al mismo asunto.

Lo hizo, y aun cuando no me he enterado de lo que en la reunión ocurrió, he leído esto en *El País*:

«En esa reunión, se leyó una carta y una proposición del venerable, respetado y querido Nakens, insigne compañero.

Su proposición no se acogió, aprobado ya el Mensaje, pero se aceptaron, y con simpatía, las indicaciones que envolvía.»

Y en *El Liberal* esto:

«En la reunión de directores de periódicos para redactar el documento de protesta contra la censura, que ayer publicamos, el Sr. Castrovido dió lectura á una carta y una proposición del ilustre director de EL MOTIN, nuestro querido y respetable amigo D. José Nakens.

La proposición del infatigable luchador, cuyo sentir supondrán nuestros lectores, no fué aceptada, pero las indicaciones del viejo maestro fueron acogidas con vivas simpatías.»

Y en *Heraldo de Madrid* y otros varios, algo igual ó parecido.

Cuando la censura haya pasado á mejor vida, copiaré y comentaré la proposición, pues hoy seguramente la tacharían, y como escribo para el público y no para dos ó tres señores, pues velay usted.

Gracias doy á cuantos periódicos han hablado de mi proposición, y ya vendrá día en que pueda yo demostrar lo conveniente que hubiera sido aceptarla y ponerla en práctica.

IMP. «LA ITALICA», VELARDE, 12 MADRID